

Equipo Virtual de Arquitectos EVA

1996

Publicado en: *AB Arquitectes de Barcelona*, nº 50, Colegio de Arquitectos de Cataluña, Barcelona, enero 1996.

¿Y no deberíamos ocuparnos algo más de los límites?, (ir al límite, estar en el límite, ser límite). O quizá es que ya no nos interesan... Al fin y al cabo, ¿para qué?, si pasamos el rato la mar de cómodos, dando brazadas parsimoniosas por el centro de la piscina sanitariamente correcta, en (un) estado de bienestar, con la seguridad de que hacemos pie; y cuando nos cansamos de nadar, o cuando nos da la gana, simplemente nos incorporamos y "tan panchos".

Este es el ambiente, la situación, que uno se encuentra al ver la inmensa mayoría de las obras y proyectos de arquitectura que se alientan en la escena barcelonesa. ¿Posibles razones? Es aquí, en Barcelona, donde se ha conservado ("en conserva") con máximo celo una escuela dentro de la más estricta tradición de la Modernidad. Una Modernidad que así se nos ha vendido -por qué aquí no se ha inventado- y que así se nos ha hecho creer. (Por estos lares se había inventado otra, que incluso tuvo gran éxito en la centroeuropa de inicios de los veinte -se ha comprobado-, pero que nosotros mismos la rechazamos: se hablará de esto en otro lugar y momento). Y la causa de ese celo no es ningún misterio; hasta es fácil de documentar, analizar y publicar; tan sólo es necesario un poco de espacio y tiempo, nada más. Pero como en el resto de Europa -y parte del extranjero- los tiros han ido por otro lado, con fuego cruzado, cuando esos de fuera han abierto la lata barcelonesa ¡oh, sorpresa!

No es que en este club se nade mal, todo lo contrario, hay estilo (el "estilo Barcelona", que dicen en Londres), e incluso se va evolucionando, aunque como en balsa de aceite ¿quién sino quiere hoy riesgos? Además, tenemos entre nosotros numerosos "campeones olímpicos" (nunca mejor dicho), y socorristas, siempre atentos a dar la voz de alarma en cuanto alguien se ponga -a sí mismo o a los demás- en "peligro".

Pues bien, en este apacible marco y aprovechando la ocasión extraordinaria que brinda este número especial, el habitual equipo de arquitectos (nunca ni nombres sueltos, ni muy conocidos) a entrevistar desde estas páginas será virtual, ya que precisamente se trataría de darle unas pocas vueltas a cual sería el "despacho-estudio-taller" ideal del arquitecto.

[Antes de empezar se debería pues hacer apología de lo virtual, pero ni siquiera esto cabrá aquí, aplazándose hasta las "Jornadas (virtuales) sobre lo virtual", previstas desde la Universidad de Barcelona para febrero-marzo de 1996.]

Así pues, los miembros de la oficina virtual convocada como protagonista para estas líneas son los que siguen (en orden no alfabético):

Josep Boncompte - Guillermo Font, Octavio Mestre Arquitectos Asociados S.L., Julio Pérez-Catalá, O.C.E.A. 6 (ó 7) -compuesto por Olga Duque, Oleguer Gelpí, Lluís Martín, Agustí Molina, Ignasi Pérez, Lluís Sánchez y Agustí Serra-, Josep Llobet, Maite Martín - Marc Monegal, y Rafa Díez Barreñada. U La climatología no acompañaba a la atmósfera festiva que fue creándose con el llegar de los invitados para el coloquio; y a medida que iban cayendo cazadoras y chaquetas sobre asientos y respaldos, se corroboraba que nadie de los presentes lucía un buen tipo. Claro que uno era más rubio que la media, el otro más esbelto de lo normal, y un tercero más robusto que los demás, pero en su conjunto nadie cumplía el ideal clásico de Miguel Ángel; algo que sin embargo fue una suerte, porque si algún día bajásemos al metro y nos encontrásemos el andén todo lleno de gente parecida a los de la Sixtina seguro que saldríamos corriendo despavoridos escaleras arriba: esto en cuanto a ideales y realidades.

—Despacho ideal, despacho ideal... —rompería el hielo Guillermo Font con voz queda— una clave sería el mismo cliente; llegar a tener unos clientes ideales, y de estos dependería -en consonancia- llegar a tener un despacho ideal; con unos buenos clientes las condiciones previas de trabajo serán también buenas, y éste luego se desarrollará de manera ideal.

—Cierto, aunque también esperar esto es como confiar que te toque la lotería para resolverte la vida, sabiendo que siempre cabe esta probabilidad; pero mientras no caiga el "gordo" o alguno de esos hipotéticos clientes -tal como están las cosas- se debería pensar de forma real en forzar esa situación ideal.

Debería entonces impartirse algo así como un máster específico, sin el cual no se pudiese ser cliente de ningún arquitecto —comenté totalmente en serio, aunque no por ello se pudo evitar el que se oyesen algunas risas dispersas—; de hecho no es la primera vez que se habla de la necesidad que hay de clientes que sepan ejercer bien como tales, igual que al arquitecto se le exige también un mínimo de profesionalidad.

[El tándem Josep Boncompte - Guillermo Font es de los que consigue alcanzar productos refinados, a través de procesos de destilación que durante la proyectación limpian la arquitectura de impurezas y líneas prescindibles. A esto se suma la inquietud de fondo que desemboca en la investigación de nuevas soluciones tipológicas, alternativas, para los problemas cotidianos a resolver desde la práctica profesional. Todo, justo, actividades necesarias para constituir el estudio ideal del arquitecto.]

—El despacho ideal es el que te permite hacer la arquitectura que te interesa hacer —terció Octavio Mestre, con seguridad— y todo va un poco unido, pues si te vienen a buscar se supone que es porque les interesa algo de lo que has hecho, y por tanto ya se parte con cierta ventaja sobre la relación que va a establecerse entre arquitecto y cliente.

—Eso implicará, evidentemente, un rodaje previo para crear la cabeza de la pescadilla que luego se morderá la cola —puntalicé, ante el habitual problema que suponen los duros comienzos de esta profesión, que ya se sabe que se suelen establecer como mínimo a lo largo de los diez primeros años de ejercicio— y que debería saberse acompañar de cierta "aireación" publicitaria, no necesariamente de cariz comercial. Un par de ratoncillos cruzaron raudos la sala, pasando en silenciosa conversación por debajo de la mesa que nos reunía.

[Octavio Mestre muestra a través de su currículum unas raíces paradigmáticas en la presente escena, ya que colaboró en los estudios de José Antonio Coderch de Sentmenat y de Enric Miralles. Un entroncamiento similar sí puede considerarse importante (no necesario) para todo aquel que aspire a conseguir un futuro estudio ideal. Así, en su caso, su obra no queda exenta de elementos sintetizados que pudieran retrotraerse hasta estos dos personajes imprescindibles para lo que es la arquitectura que parte de Barcelona. Entonces, ya sea por cierta ósmosis subliminal, o tan sólo por compartir con ellos la misma atmósfera, surgen sus personales conceptos en torno a las celosías y los filtros con que dota sus fachadas; mientras que por otro lado, junto a la voluntad general de potenciar las vistas, la perspectiva, y el movimiento en diagonal, intentando que se dilaten los límites de sus objetos, deja que la fluidez espacial se haga evidente, entre ángulos y tensiones geométricas.]

—Dentro de lo que sería el despacho ideal —introdujo Julio Pérez-Catalá, con su carácter contundente— cabe pensar en la oficina móvil, ya implantada en profesiones paralelas a la nuestra; en un maletín tienes el ordenador portátil, el teléfono, la derivación a fax; tan sólo con esto y con un lápiz de carpintero puedes conectar con todos en cualquier sitio, sin cargas de gastos fijos y subcontratando siempre. Aunque no sólo debería considerarse la parte profesional sino también la humana, introduciendo además el factor de convivencia. Es decir, aplicable tanto a pequeños o grandes, puede compartirse el mismo espacio físico con otros arquitectos con los que uno no está "casado", e incluso -mejor aún- con otros profesionales de otra especialización o disciplina que pueda ser colateral a la nuestra, sin implicarse con ello en esos problemas de entendimiento, de economía, que traen consigo las sociedades cerradas.

—Esto estaría en una línea muy positiva de enriquecimiento interdisciplinar, necesario para que el arquitecto no limite sus puntos de vista, sus referencias, como es corriente entre nosotros —añadí, animado, al ver en esto la posibilidad de que se abran ventanas insospechadas por las que nos entre aire renovado— después de que el ambiente en el que respiramos ya está bastante cargado, enrarecido, tras terceras, cuartas y quintas generaciones con orejeras, a cal y canto.

[Julio Pérez-Catalá es ejemplo de como la vida, lo fortuito, le puede llevar a uno sin preverlo a unas posiciones de investigación arquitectónica de las que en el futuro todos "mamaremos". Hay pues también ese factor de lo providencial, en la creación del estudio ideal. Su caso fue que al conectar con TV3 para una serie de trabajos -podría haber sido de otra manera-, se propició la suma de los conocimientos de su carrera con los de las técnicas cinematográficas. La reacción resultante ha sido tan explosiva que le ha llevado a los extremos más lejanos de las salvajes fronteras de la arquitectura. Allí donde cada paso se hace sobre terreno virgen nunca hollado, el del inmenso campo que se le abre al aplicar los medios comunes del cine y la televisión a la creación espacial. Claro que hay que ser

conscientes de que nos encontramos en cierta "prehistoria técnica", pero por eso mismo no hay que dejar la exploración para poder salir adelante. Y no es de recibo una crítica sobre el espacio virtual en sí, comparándolo con el real ("¿es mejor la película o el libro?"), simplemente son diferentes: aún caben en esta escena unas cuantas toneladas de "tolerancia y biodiversidad arquitectónica".]

—Pues mira, justo entre esas ideas de convivencia humana flota nuestra propuesta —subrayaría Lluís Martín, apoyado por Olga Duque y todos los demás componentes de O.C.E.A. 6—. El despacho ideal debe ser algo así como esa isla que todos buscamos, en el inmenso océano contemporáneo, en el que no somos más que náufragos; nosotros cogidos a este tablón que es nuestro equipo, intentamos llegar a un lugar paradisíaco donde el trabajo conjunto nos enriquezca a cada uno, y que el producto final supere la suma de productos individuales.

—Tal como lo planteáis, sois realmente un despacho virtual —dije, mientras me sacaba un alfiler del interior de la boca, que ya empezaba a molestarme— porque como vosotros mismos decís, O.C.E.A. 6 sólo existe en vuestro pensamiento, en el sentimiento de formar parte de algo más allá de vuestro propio yo.

[Muchos de los 6 componentes (ahora ya son 7) de O.C.E.A. 6 (Oficina de Construcciones y Experimentación de la Arquitectura) se formaron dentro de una de esas levas del estudio de Carlos Ferrater. Así, surgiría el grupo ante el interés de sus miembros de reunirse espontáneamente para reflexionar sobre la arquitectura; aparte de las circunstancias individuales que les ha llevado a cada uno a encontrar un lugar donde desarrollar la profesión, no siempre como arquitecto liberal. Se trata pues más de una mesa de reuniones -esa tabla en el océano- que de una empresa estructurada. Entonces, en relación espontánea, se ponen sobre el tapete concursos, propuestas, ideas: en ninguna de las obras que de ahí salen han participado todos directamente, sino que para cada trabajo se establecen equipos, según disponibilidades personales. Esa flexibilidad dinámica -aprendida en este caso de olas y mareas- es también ideal en un estudio, que será de arquitectura (o sea, será viable) mientras mantenga ese interés por ella, sin mezclarla con factores ajenos, económicos, comerciales.]

—Para mí, y voy a defenderlo con rotundidad —ante estas palabras de Josep Llobet todos nos incorporamos instintivamente— el despacho ideal y real es el pequeño despacho (también ahí cabe el trabajo en equipo, que es más enriquecedor) donde se desarrollan proyectos ideales y reales conjuntamente; en este tipo de despacho es donde se realiza lo que yo entiendo por buena arquitectura. El pequeño despacho no excluye los grandes proyectos, que en momentos concretos se pueden apoyar con colaboraciones externas.

—Sobre esto valdría la pena remarcar dos temas que mencionas —empecé a deslizar en la conversación, mientras se me agolpaban en la mente todos los ataques históricos y actuales a ese idealizado quehacer personal, privado, al que cada vez se le ponen más limitaciones y obstáculos desde todo tipo de instancias—; primero, el que se trabaje en productos ideales y reales, que a su vez puede ligarse con lo intelectual y lo técnico respectivamente, dentro de esa frase de Alejandro de la Sota que tú mismo dices apoyar, "el arquitecto debe ser un intelectual y un buen técnico"; y otro tema sería el de reivindicar el despacho pequeño, con la imagen que propones de la acogedora "botigueta de toda la vida", con buenos productos seleccionados, contrapuesta al frío industrializado de los impersonales hipermercados. [Josep Llobet es de los que -en efecto- ofrecen productos de toda confianza; es de dominio público que el que acuda a él obtendrá arquitectura llevada a cabo con el máximo rigor, desde proyectos que se ven generados por conceptos, por ideas (algo que hoy en día ya no puede darse por supuesto), intentando que se desarrollen de forma clara, concisa, sencilla, "solucionando los problemas, sin añadir ninguno" como gusta decir. Y es del todo coherente con estos planteamientos el énfasis que pone en la defensa de trabajar con lápiz y papel, por encima del uso poco inteligente y desmesurado que se da al ordenador, incapaz de recoger el sentimiento que se transmite a través de la mano. Esto ocurre todavía hoy, aunque es de esperar que con el tiempo se conseguirá una expresión que sea la adecuada a esta herramienta, y que no se seguirá usando como lo que ya no es.]

—Junto al comentario sobre el despacho pequeño habría que añadir el tema del volumen de trabajo realmente controlable, con el mismo nivel de calidad en los detalles, y esto desde un enfoque concreto —se lanzarían a decir a la par Maite Martín y Marc Monegal— que pasaría a ser más deseo que otra cosa, para constituir un despacho ideal: parece evidente que a todos nos gustaría desprendernos de ese trabajo que nos aparta de la faceta más creativa que tiene nuestra profesión, y que la acerca a una tarea más de gestión burocrática y estrictamente técnica.

—Entonces debería tenderse a un estudio con una organización altamente racionalizada —comencé a desgranar, como quien va poniendo las últimas piedras para acabar de construir un organigrama ideal— y con unos mínimos recursos necesarios (humanos y materiales), de puesta en marcha instantánea cada vez, capaz de seleccionar y adjudicar automáticamente -en total sincronía- las distintas fases laborales por minúsculas que estas resulten ser, de manera que se asegure con la máxima profesionalidad los aspectos funcionales del estudio, para que el arquitecto respire tranquilo y tenga las espaldas cubiertas en su creación arquitectónica.

[La verdad es que no es de extrañar que la pareja Maite Martín - Marc Monegal busquen para el estudio ideal potenciar la vertiente proyectual del arquitecto, pues es precisamente en ella donde muestran su más fuerte carácter: ya se inició el comentario de su poética -de la mejor calidad- que logran sus delicadísimos proyectos, al dotar a plantas y cubiertas de un ligero movimiento, que en ocasiones es casi imperceptible al ojo apresurado. Es la fuerza de lo sutil, se decía, teniendo en cuenta que lo que facturan suele gozar de una componente dinámica importante; arrancando al principio de la interpretación del lugar -física, visual y mentalmente- para luego establecer un animado diálogo entre el espacio y los elementos que éste contiene y rodea -taludes, muros, volúmenes-, en constante interacción; cuando en realidad no se da respiro al que lo contempla, que es a lo que suelen obligar las emociones fuertes, aunque su arquitectura parezca poderse descubrir con pausa.]

Fue entonces cuando una de esas plantas habituales de repisas y antepechos empezó a desplegarse en forma más que rápida, con suave y continuo movimiento de tallos, de abrirse hojas y flores.

—Totalmente de acuerdo. En la organización está el secreto, y ahí debería encontrar el arquitecto su oferta ideal, si quiere sobrevivir —inició Rafa Díez Barreñada en un asalto final—, todavía más allá de ser un técnico debería quizá ser hasta un especialista en organización, incluso en organización de la forma, que ofrezca una capacidad mensurable. Con la posibilidad de que sea también un especialista más, parte de todo un grupo de técnicos.

—Lo último que planteas, más que el estudio ideal es el negro futuro que nos amenaza y que se cierne sobre nosotros —contesté con celeridad, recordando todo lo que se comenta por ahí sobre esto mismo—, el peligro de acabar siendo meros decoradores a los que se les confía esa "cuota de diseño" que ya cualquiera debe pagar, por qué siempre habrá un ingeniero-constructor mejor, un ingeniero-estructurista mejor, un ingeniero-instalador mejor, que el arquitecto-generalista, que se está quedando sin silla en este juego de correr alrededor y sentarse.

[Que por cierto, es Rafa Díez Barreñada alguien a quien debe prestarse especial atención... pero, al tener unas capacidades concretas que, por naturaleza, se enfrentan a la ortodoxa formación que aquí ha asimilado, paradójicamente, va a arrastrar un lastre que puede llegar a hacersele insoportable, aunque él no se dé ni cuenta. Y es que es capaz de expresar a través de la arquitectura una sensibilidad que se encuentra por encima del nivel al que nos hemos acostumbrado en esta escena, y que por lo tanto le tirará hacia abajo. El correspondiente título sería "la arquitectura de la nueva emocionalidad", y 1 Cfr. "Blade-running (i 3)", *Informació i Debat*, nº 1041, pp. 6-7, Barcelona, COAC, julio-septiembre, 1995 debería dejarse así, con discreta pasión, sin el control de academias constreñidoras. Sin embargo, su facultad de destilar imágenes impactantes y espectaculares será difícil que escape de los planteamientos neutralizadores, objetivo-materiales, "sachlich", de la "Escola", pues siempre habrá alguien que le espete impertinencias a la cara, y todos tenemos un límite.]

Al llegar hasta esta coda es reconocible que en todas las mentes gira flotando ese cierto ideal; es algo corriente en todo tipo de estudios, jóvenes y viejos, grandes y pequeños, famosos y no tanto... y parece que aspirar a él incita a mejorar día a día el trabajo; por tanto, no está de más que aunque sólo sea de vez en cuando (¿cada medio centenar de números?), sin agotarlo, se pueda darle unas pocas vueltas a cual sería el (estudio) ideal del arquitecto.

Alberto T. Estévez, arquitecto

"NOTA AL MARGEN":

En las líneas del habitual espacio "Interiors" se recogen palabras textuales de los entrevistados, por lo cual el autor del artículo no puede tener errores de interpretación dentro de algo que él no dice; asimismo, las afirmaciones que se transcriben no tienen otro contexto general que el que se presenta, pues siempre son escritos compuestos en sí mismos.